



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LOS MIEMBROS DEL COLEGIO CARDENALICIO PRESENTES EN ROMA

Sala Clementina

Viernes 22 de abril de 2005

Venerados hermanos cardenales:

1. Me encuentro con vosotros también hoy y quisiera haceros partícipes, de manera sencilla y fraterna, del estado de ánimo que estoy viviendo durante estos días. A las intensas emociones experimentadas con ocasión de la muerte de mi venerado predecesor Juan Pablo II, después durante el Cónclave, y sobre todo en su epílogo, se suman una íntima necesidad de silencio y dos sentimientos complementarios entre sí: un vivo deseo del corazón de expresar mi gratitud y un sentido de impotencia humana ante la elevada tarea que me espera.

Ante todo, gratitud. En primer lugar, siento que debo dar gracias a Dios, que, a pesar de mi fragilidad humana, me ha querido como Sucesor del apóstol san Pedro, y me ha encomendado la misión de gobernar y guiar a la Iglesia, para que sea en el mundo sacramento de unidad de todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1). Estamos seguros de que es el eterno Pastor quien guía con la fuerza de su Espíritu a su rebaño, asegurándole, en todo tiempo, pastores elegidos por él. Durante estos días se ha elevado un coro de oraciones del pueblo cristiano por el nuevo Pontífice, y fue realmente emocionante el primer encuentro con los fieles, anteayer por la tarde, en la plaza de San Pedro: a todos, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, jóvenes y ancianos expreso mi más sincero agradecimiento por su solidaridad espiritual.

2. Siento que debo expresaros mi gratitud a cada uno de vosotros, venerados hermanos, comenzando por el señor cardenal Angelo Sodano, que, haciéndose intérprete de los sentimientos comunes, acaba de dirigirme afectuosas expresiones y cordiales felicitaciones. Agradezco, además, al señor cardenal camerlengo, Eduardo Martínez Somalo, el servicio generosamente prestado en esta delicada fase de transición.

Deseo, también, extender mi sincero agradecimiento a todos los miembros del Colegio cardenalicio por la activa colaboración prestada en la gestión de la Iglesia durante la Sede vacante. Con particular afecto quisiera saludar a los cardenales que, a causa de su edad o por enfermedad, no participaron en el Cónclave. A cada uno de ellos le agradezco el ejemplo que dieron de disponibilidad y de comunión fraterna, así como su intensa oración, expresiones de amor fiel a la Iglesia, esposa de Cristo.

Asimismo, no puedo dejar de expresar mi sincero agradecimiento a cuantos, con diferentes funciones, cooperaron en la organización y en el desarrollo del Cónclave, ayudando de numerosos modos a los cardenales a vivir de la manera más segura y serena esas jornadas llenas de responsabilidad.

3. A vosotros, venerados hermanos, os manifiesto mi gratitud más personal por la confianza que habéis depositado en mí al elegirme Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. Es un acto de confianza que constituye un estímulo a emprender esta nueva misión con más serenidad, porque estoy convencido de que puedo contar, además de con la ayuda indispensable de Dios, también con vuestra generosa colaboración. Os ruego que jamás dejéis de prestarme vuestro apoyo. Si, por una parte, tengo presentes los límites de mi persona y de mi capacidad, por otra sé bien cuál es la naturaleza de la misión que se me ha confiado y que me dispongo a cumplir con actitud de entrega interior. Aquí no se trata de honores, sino más bien de servicio, que se debe prestar con sencillez y disponibilidad, imitando a nuestro Maestro y Señor, que no vino a ser servido sino a servir (cf. *Mt* 20, 28), y que durante la última Cena lavó los pies a los Apóstoles, ordenándoles hacer lo mismo (cf. *Jn* 13, 13-14). Por tanto, a mí y a todos nosotros juntos sólo nos queda aceptar de la Providencia la voluntad de Dios y hacer todo lo posible por cumplirla, ayudándonos unos a otros en la realización de nuestras respectivas tareas al servicio de la Iglesia.

4. En este momento me complace recordar a mis venerados Predecesores, el beato [Juan XXIII](#), los siervos de Dios [Pablo VI](#) y [Juan Pablo I](#) y, especialmente, a [Juan Pablo II](#), cuyo testimonio durante los días pasados nos sostuvo más que nunca, y cuya presencia seguimos sintiendo siempre viva. El doloroso acontecimiento de su muerte, después de un período de grandes pruebas y sufrimientos, se ha revelado en realidad con características pascuales, como él había deseado en su [testamento](#) (24.II 1.III.1980). La luz y la fuerza de Cristo resucitado se han irradiado en la Iglesia desde esa especie de "última misa" que celebró en su agonía y culminó en el "amén" de una vida enteramente entregada, por medio del Corazón inmaculado de María, para la salvación del mundo.

5. Venerados hermanos, cada uno de vosotros volverá ahora a su respectiva sede para reanudar su trabajo, pero espiritualmente permaneceremos unidos en la fe y en el amor al Señor, en el vínculo de la celebración eucarística, en la oración insistente y en la comunión del ministerio apostólico diario. Vuestra cercanía espiritual, vuestros sabios consejos y vuestra activa

cooperación serán para mí un don por el cual os estaré siempre agradecido y un estímulo para cumplir con total fidelidad y entrega el mandato que se me ha confiado.

A la Virgen Madre de Dios, que acompañó con su presencia silenciosa los pasos de la Iglesia naciente y confortó la fe de los Apóstoles, le encomiendo a todos nosotros y las expectativas, las esperanzas y las preocupaciones de toda la comunidad de los cristianos. Bajo la protección materna de María, *Mater Ecclesiae*, os invito a caminar dóciles y obedientes a la voz de su divino Hijo y Señor nuestro Jesucristo. Invocando su constante intercesión, os imparto de corazón la bendición apostólica a cada uno de vosotros y a cuantos la Providencia divina encomienda a vuestro cuidado pastoral.